



CARLOS DE AUSTRIA.

*V.º Emperador de Alemania, y I.º Rey de España  
de este nombre.*

conservar la tranquilidad. Cárlos confirmó en la regencia al cardenal, previniéndole hiciese que se le reconociese por rey, pues el emperador y el papa lo trataban como tal en las cartas que le escribían. Debatióse muy acaloradamente la cuestion por los grandes y el consejo real, convocados por el cardenal regente, pues parecia contrario á las leyes, que viviendo la reina hubiese otro que llevase aquel título; mas en atencion á la incapacidad de D<sup>a</sup> Juana, hubo de decidirse que se le daria al príncipe, pero que en todos los actos públicos se pondria el nombre de la reina ántes del suyo, en cuyos términos se mandó hacer la proclamacion en todo el reino.

Aunque el nombramiento del cardenal hubiese sido aprobado por el nuevo rey, no por esto sufrían los grandes con mejor ánimo su autoridad. Para sostener esta, el cardenal comenzó á levantar gente, exigiendo que cada poblacion pusiese sobre las armas cierto número de soldados en proporcion al de sus habitantes, y en breve juntó un cuerpo de treinta mil hombres; pero los grandes y las ciudades, temiendo que esta reunion de fuerzas sirviese para oprimirlos y quitarles sus fueros, se opusieron á ella, siendo Valladolid la primera en resistir el armamento, cuyo ejemplo siguieron otras, escribiendo al rey contra el cardenal, é instándole para que pasase á España. El cardenal disimuló, hasta que pudo contar con fuerzas suficientes, y entónces amenazó que trataría co-

TOM. III.—6.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

411

mo rebeldes á los que continuasen oponiéndose, y haria uso de las armas para sujetarlos. Con igual energía contuvo las inquietudes que amagaban por el exterior, rechazando á los franceses que habian invadido la Navarra, en la que mandó destruir todas las plazas fuertes, á excepcion de Pamplona, para poder dominar mas fácilmente el pais, lo que causó mucho disgusto á los habitantes, é hizo respetar el pabellon español, insultado por los genoveses, haciendo poner en prision á todos los de aquella nacion que residian en España y secuestrando sus bienes, con lo que obligó á la república á dar una completa satisfaccion. Tomó cuentas á los que habian estado encargados del manejo de la real hacienda, castigó con rigor á los que habian cometido fraudes, y obligó á restituir al erario lo que se le habia usurpado. En la distribucion de los empleos procedió con la mayor justificacion, proveyéndolos en las personas mas aptas, y atendiendo al mérito de los oficiales antiguos, que habian hecho servicios en la guerra. En el gobierno de las posesiones de América, por las reiteradas representaciones del Lic. Bartolomé de Las Casas, que era entónces clérigo particular, no habiendo tomado todavía el hábito de Santo Domingo, mandó por gobernadores á la isla española, tres priores del orden de S. Gerónimo, creyendo que se remediarian todos los males y se evitaria la opresion de los indios, poniendo la autoridad en manos enteramente desprendidas de

los intereses mundanos; mas tal fué la contradiccion que los monjes encontraron, que las cosas siguieron con corta diferencia, en el mismo orden que ántes.

El rey, excitado por su padre el emperador Maximiliano, para acelerar su viage á España, y movido por los desórdenes que de nuevo suscitaban los grandes, y por la revolucion acaecida en Sicilia contra el virey D. Hugo de Moncada, determinó su partida; pero ántes quiso dejar hecha la paz con el nuevo rey de Francia Francisco I, la que se concluyó en Noyon por medio de un tratado desventajoso, pero que Carlos no tenia intencion de cumplir. Concluida la paz, se embarcó en Midelburg y arribó á Villaviciosa, puerto de Asturias, el 1º de Septiembre de 1517, y fué recibido con los mayores aplausos. El cardinal regente se puso en camino para recibirlo, no obstante su edad y enfermedades, y agravándose estas tuvo que detenerse en Roa, donde falleció el 8 de Noviembre, con el sentimiento de no haber llegado á hablar con el rey, y de que sus grandes servicios no hubiesen sido apreciados como merecian, sino ántes bien recompensados con la mayor ingratitud, habiéndole escrito Carlos una carta poco satisfactoria, en que le prevenia se retirase á su arzobispado: hombre verdaderamente grande, tanto en lo religioso como en lo político, y cuyas insignes fundaciones manifiestan el empeño que tuvo por el cultivo de las ciencias.

Este año fué tambien señalado por el principio que en él tuvo en Alemania la heregía de Lutero, que nacida con ocasion de las indulgencias concedidas por el papa Leon X, á los que diesen limosnas para la construccion de la magnífica basílica de S. Pedro en Roma, se propagó rápidamente, ayudando no poco á ello, como dice el P. Mariana, "los abusos y vicios que se vian, donde y en quien ménos fuera razon."

Pronto se resfrió el aplauso con que el nuevo rey habia sido recibido: acompañábale una corte numerosa de señores flamencos, que no consideraron á España mas que como un campo abierto para hacer fortuna por todo género de medios. El mas favorecido con la confianza del rey era Guillermo de Croy, señor de Chievres, que habia sido su ayo, y fué tambien el que mas prisa se dió en aprovecharse de las ventajas de su posicion. El arzobispado de Toledo, vacante por la muerte del insigne prelado que tanto lustre habia dado á aquella iglesia, se dió al jóven Guillermo de Croy, obispo de Cambray, sobrino de Chievres, llevando muy á mal los españoles que la primera dignidad de la iglesia de España, se confriese á un jóven extarngero. Todo cuanto habia de provecho era para los flamencos, que vendian á peso de oro todos los empleos que no tomaban para sí, y entónces fué cuando se autorizó solemnemente el comercio de negros, que ya desde ántes se habian comenzado á introducir en las islas de América, para lo que se concedió pri-

vilegio exclusivo de llevar cuatro mil de aquellos al gobernador de la Bressa, señor flamenco, del consejo del rey, el cual lo vendió á los genoveses por veinticinco mil ducados.

El rey fué á Tordesillas con su hermana D<sup>a</sup> Leonor á visitar á la reina su madre, y allí se presentó el arzobispo de Zaragoza, regente de Aragon, para informarle del estado de aquel reino, pero Chievres no le permitió ver al rey ni á la reina. De allí pasó á Valladolid en el año siguiente, donde fué reconocido por rey por las cortes convocadas á este objeto, las que le concedieron un donativo de seiscientos mil ducados en tres años, el mayor que se habia hecho hasta entónces. El rey de Francia le pidió, que conforme á lo convenido en el tratado de Noyon, restituyese el reino de Navarra á Enrique de Albret, nieto y heredero de D<sup>a</sup> Leonor; pero Cárlos estaba tan léjos de pensar en cumplir esta estipulacion, que en las cortes de aquel reino que se celebraron en Pamplona, hizo se le jurase rey, y reina á D<sup>a</sup> Juana su madre, y mandó salir del reino al cardenal Albret, obispo de Pamplona. Pasó luego Cárlos á Aragon y en seguida á Barcelona, donde celebró cortes á los catalanes, en las que se le prestó el juramento de fidelidad, habiéndolo él mismo hecho de obedecer las leyes y privilegios de aquel principado. Allí fué donde se efectuó en su presencia la célebre disputa entre el obispo del Darien, Fr. Juan de Quevedo y el Lic.

Casas, sobre si los indios eran siervos por naturaleza, y sobre el modo en que debian ser tratados.

Murió entre tanto el emperador Maximiliano, y los electores reunidos en Francfort, no obstante las pretensiones y manejos de Francisco I rey de Francia, eligieron emperador á Carlos, que se llamó V, por serlo de este nombre en el imperio, y I en España. Entónces fué cuando comenzó á hacerse dar el tratamiento de magestad, no habiendo usado los reyes de España mas que el de alteza. Desde este momento todas las miras de Carlos fueron concentradas en los intereses del imperio, y España vió sacrificados los suyos, durante el largo periodo de la dominacion de los príncipes austriacos, en una série de guerras en que consumió su sangre y sus tesoros, sin ningun objeto verdaderamente nacional.

El descontento habia ido creciendo en Castilla y se comenzaron á formar juntas ó confederaciones entre diversas ciudades, para la defensa de sus fueros y para pedir la reforma de los abusos, las que tomaron el nombre de comunidades. En Valencia los ánimos se habian alterado, disgustados el clero y la nobleza, porque habiendo convocado Carlos las cortes de aquel reino, no habia ido á presidirlas, dando este encargo á Adriano de Utrech, que era ya obispo de Tortosa; por lo que rehusaron consentir en nada de lo que se les propuso, y con esto irritado Carlos, aprobó los privilegios que habia concedido á las aso-

ciaciones populares llamadas de los germanos, formadas en oposicion á la nobleza. En Sicilia habia habido un levantamiento en Palermo contra el virey conde de Monteleone, en que con dificultad pudo este ponerse en salvo. En medio de esta agitacion de ánimos, dispuso Carlos pasar á Alemania para recibir la corona imperial, y ántes de embarcarse en la Coruña, convocó las cortes de Castilla para Santiago de Galicia, cuando ántes nunca se habian celebrado fuera de aquel reino, dejando por regente al obispo de Tortosa, que habia recibido ya el capelo y se llamaba el cardenal Adriano. Esto puso el colmo á la irritacion de los espíritus: de Valladolid, donde el pueblo se habia conmovido con la noticia de que Carlos se iba á llevar consigo á la reina, pudo salir con peligro atravesando á caballo, durante una fuerte lluvia, por en medio de los sediciosos, y aunque en las cortes de la Coruña, á donde se trasladaron de Santiago, no habiéndose celebrado allí por la oposicion de los diputados de Toledo que fueron desterrados, se le concedió un don gratuito considerable, protestaron contra la concesion los diputados de las principales ciudades. Embarcóse en aquel puerto y á su tránsito por Inglaterra, tuvo largas conferencias con el rey Enrique VIII, casado con su tia D<sup>a</sup> Catalina, hija menor de los reyes católicos, en las que se acordó que este monarca fuese árbitro en las diferencias entre Carlos y el rey de Francia, tomando las

armas contra el que no se sometiese á su decision, y continuando su viage, arribó á Flesinga en la costa de Zelanda, de donde pasó á Aquisgran, y fué coronado solemnemente en aquella ciudad el 23 de Octubre de 1520, y el dia siguiente, sentado en el trono, á presencia de los electores del imperio, renunció los estados que habia heredado en Alemania, en favor de su hermano D. Fernando, quien por esta cesion fué reconocido archiduque de Austria.

Apenas se hubo verificado la partida de Carlos, el levantamiento se hizo general en Castilla. Toledo y las demas ciudades confederadas tomaron el nombre de las comunidades, y á su frente estaban Fernando Dávalos y Juan de Padilla, casado con D.<sup>a</sup> María Pacheco, hija del conde de Tendilla. En Valencia, los germanos invadieron varias ciudades y aun la misma capital que pusieron á saco, despues de haber desbaratado el ejército que mandaba el virey duque de Segorbe. Los confederados de Castilla se juntaron en Avila, presididos por D. Pedro Laso, diputado de Toledo, y por el dean de la catedral, ejerciendo entre ellos grande influencia un tundidor de lana, llamado Pinillos, quien con una varita en la mano dirijia todos sus movimientos, sin que nadie se atreviese á contradecirlo. En breve tuvieron un ejército numeroso que mandaba Padilla, el cual fué con un destacamento á Tordesillas, á hacerse de la persona de la reina, para autorizar con ella su partido.

D.<sup>a</sup> Juana, ignorante de todo lo que pasaba, y no pudiendo por su enfermedad juzgar del verdadero estado de las cosas, confirmó á Padilla en el empleo de general, le encargó que se ocupase de restablecer la tranquilidad en el reino, y pidió que la junta de los comuneros que estaba en Avila, se trasladase á Tordesillas. El punto á que la revolucion habia llegado, obligó á Carlos á escribir á las ciudades confederadas, ofreciéndoles que volveria á España, exhortándolas á sosegar, y nombró por asociados á la regencia al condestable D. Íñigo de Velasco, y al almirante de Castilla D. Enrique Enriquez. Los regentes recibieron auxilios del duque de Nájera, virey de Navarra, y un préstamo de cincuenta mil ducados del rey de Portugal, con lo que levantaron un ejército, que pusieron á las órdenes del conde de Haro. Con este motivo, los diputados de los comuneros pidieron socorros á todos los confederados, y entre los que se presentaron fué uno el obispo de Zamora D. Antonio de Acuña, con un cuerpo de clérigos y otras tropas que levantó. Por los manejos de este prelado ambicioso y turbulento, se quitó el mando del ejército á Padilla y se le dió á D. Pedro Giron, el cual habiéndose pasado al partido del rey, dejó á los comuneros en la mayor confusion, con lo que fué nombrado nuevamente Padilla, quien se esforzó en reunir tropas y restablecer el orden, siguiendo la guerra con el mayor empeño. Padilla no queria aventurar el éxito

de esta en una accion general, pero viéndose obligado á darla por las medidas que habia tomado el conde de Haro para forzarlo á ello, los comuneros fueron completamente derrotados en los campos de Villalar, el 23 de Abril de 1520, y Padilla con Bravo, los Maldonados y otros de sus principales capitanes que cayeron prisioneros, fueron decapitados. No por esto cesó la guerra: D<sup>a</sup> María, viuda de Padilla, se hizo fuerte en Toledo, y resuelta á defenderse en aquella ciudad hasta perecer, hizo morir á todos los que le eran sospechosos, y careciendo de recursos, encerró en la sala capitular á los canónigos, hasta que la hambre los obligó al segundo dia á darle quinientos marcos de plata; pero faltando los víveres y no habiendo podido romper la línea de los sitiadores, á pesar de haber dado un combate en que murieron mil y trescientos de los sitiados; ocupada por las tropas del prior de S. Juan que mandaba el ejército real, la ciudad; tomado el castillo y atacada en su misma casa, logró escapar, vestida de aldeana, y retirarse á Portugal, donde vivió por mucho tiempo por los socorros que le daba el obispo de Braga. El obispo de Zamora, Acuña, que se habia hecho nombrar arzobispo de Toledo, pretendió pasar á Francia disfrazado, pero habiendo sido conocido, fué llevado preso á la fortaleza de Simancas, en la que por otro delito que cometió para librarse de la prision, fué decapitado. Igual pena sufrieron algunos otros de los principales

autores de la sedicion, concediéndose para todos los demas un indulto general, con pocas excepciones. En Valencia tambien fueron sometidos los germanos, y la revolucion suscitada en Mallorca fué igualmente reprimida.

El rey de Francia, que habia reclamado en vano la devolucion de la Navarra en virtud del tratado de Noyon, quiso aprovechar el desórden en que estas turbaciones tenian á España, para recobrar por las armas lo que no habia podido obtener por las estipulaciones de aquel convenio, y con este objeto puso en campaña un ejército de doce mil infantes y ochocientos caballos, con que invadió todo aquel reino sin resistencia, habiendo sido ocupada tambien la capital Pamplona, á excepcion de la ciudadela, que fué atacada vigorosamente: no habian podido concluirse las fortificaciones de esta, y ademas escaseaban la gente y las municiones, pero se hallaba dentro de ella un bizarro oficial, de una familia distinguida de Guipúzcoa, que sostuvo intrépidamente el asalto, hasta que una piedra arrancada por una bala de cañon, le hirió la pierna izquierda, al mismo tiempo que otra bala le rompió la derecha: su herida decidió la rendicion de la ciudadela, y los franceses admirando su valor, lo trataron con generosidad.

Este oficial era D. Iñigo ó D. Ignacio de Loyola; y esta herida, haciendo de él un santo, fué el origen de una de las instituciones que han producido ma-

yores y mas prodigiosas consecuencias en el mundo, tanto en la religion, como en la política y en la literatura, y á la que especialmente en América se han debido los mas grandes resultados. S. Ignacio, en las meditaciones á que le condujo el retiro á que le obligó su curacion, que fué muy larga y penosa, resolvió dejar el mundo trasladándose á Paris, para ocuparse en aquella célebre universidad del estudio de las ciencias eclesiásticas, y ordenado de sacerdote, se presentó en Roma al papa Paulo III, con sus nueve compañeros, Pedro Lefevre, Diego Lainez, Claudio Lejay, Pascasio Brouet, Francisco Javier, Alfonso Salmeron, Simon Rodriguez, Juan Codure, y Nicolás de Bobadilla, para formar un instituto que tuviese por objeto la educacion de la juventud, la defensa de la religion y la propagacion de esta en los paises en que no habia sido predicada. Esta fué la compañía de Jesus: su nombre, y en gran parte su régimen interior, fueron efecto de la primitiva profesion militar del fundador: su principio fundamental consistia en la obediencia absoluta al jefe de la iglesia y al general de la compañía que residia en Roma: el primer acto del jesuita al tomar la ropa de su orden, era renunciar á su propia voluntad, y someterse á la de sus superiores: en la compañía no habia nada de elecciones en capítulos numerosos y frecuentemente tumultuarios, nada de deliberaciones: las elecciones de los provinciales y demas superiores, se hacian por el

general, que tenia cuatro asistentes con quienes consultar, y que estaba instruido puntualmente del mérito de todos los individuos de cada provincia, por los informes que recibia cada tres años, y en los que se explicaba la aptitud física y moral de cada uno. Estos mismos informes servian para destinar al jesuita, segun su capacidad, ya al ministerio de la predicacion, ya á la enseñanza pública, ó al servicio de las misiones en los paises mas remotos de la tierra, sin poder esperar por recompensa de los consuelos domésticos á que renunciaba, de la privacion de la vida social, del martirio á que se exponia, ni aun los premios comunes de la ambicion, porque su regla los excluia de todas las dignidades eclesiásticas. Todos para su orden y nada para sí mismos, los jesuitas, mandarines en Pekin, y confesores de los reyes en Versalles y en Madrid, dirijiendo las conciencias de los grandes y ejerciendo por la predicacion un grande influjo en la masa del pueblo, nunca aspiraron á otra cosa que á emplear el poder inmenso que llegaron á tener, en el aumento de la religion, que consideraban una misma cosa que el engrandecimiento de su orden. “Estos extranjeros, decia el emperador de la China Kam-Hí, á los censores del imperio que le representaron, con motivo de haberles permitido levantar una iglesia magnífica dentro del recinto mismo del palacio imperial, “estos extranjeros me hacen cada dia grandes servicios, y no sé cómo recompen-

sárselos: ellos rehusan los empleos y las dignidades; no quieren dinero, solo su religion les interesa y es la única cosa con que puedo complacerlos.”

Los jesuitas, con el fin de oponerse á las doctrinas que al mismo tiempo comenzaron á esparcir Lutero, Calvino y los demas reformadores, y para hacer resplandecer en todo el mundo la luz del Evangelio, consagraron á estos objetos todos los talentos del espíritu y de la elocuencia, la política y la literatura: emprendieron conducir á la juventud desde la primera edad, hasta el último grado del saber (1): trabajaron con empeño en la perfeccion de las universidades, y esta direccion uniforme, dice un escritor protestante, comenzada en las escuelas y propagada por la confesion y la predicacion en todas las clases de la sociedad, produjo un movimiento religioso, acaso sin ejemplo en el mundo, y fué el primer obstáculo duradero que se opuso á la propagacion del protestantismo (2). Los jesuitas en sus estudios todo lo emprendieron, todo lo abrazaron: la ciencia de la religion, la política, historia, viages, literatura antigua y moderna, los clásicos griegos y latinos, los idiomas muertos y vivos, astronomía, matemáticas, las ciencias sujetas á la exactitud del cálculo, así como las que adornan el espíritu y están destinadas á la imaginacion, como la poesía y la música; todo fué

(1) Bossuet, tercer sermón de la circuncision.

(2) Leopoldo Ranke.

de su resorte, todo ejercitó sus plumas, todo consagrado, segun el timbre de su orden, *Ad majorem Dei gloriam*: á la mayor gloria de Dios. A ellos debió la Nueva España la propagacion de todos estos conocimientos, y la monarquía española una grande extension de sus dominios en América, pues ellos fueron los que ganaron y civilizaron las Californias, Sonora y Sinaloa, los inmensos terrenos del Paraguay, y que poblaron de misiones las desiertas riberas del Orinoco y del rio de las Amazonas, dando á conocer en sus escritos todos estos paises, por lo que no se deberá extrañar el ver que á cada paso tengamos que hacer mencion de ellos en el curso de esta obra.

Mientras Castilla se hallaba envuelta en las turbaciones de las comunidades, Hernan Cortés ganaba para ella en América el imperio de Méjico y extendia en seguida sus conquistas á una gran parte de los paises que forman el continente septentrional, siendo muy digno de notar, que una adquisicion tan importante se hiciese, sin que el soberano á cuya corona se agregaba tan rica joya, tuviese ni aun siquiera noticia del gran servicio que se le hacia, por un hombre de quien no tenia conocimiento alguno, y sin dar para ello ningun auxilio. Algunos años adelante se descubrió el Perú, cuya conquista se efectuó despues de concluida la de Méjico, quedando en el curso de este reinado sometidas á la corona de Castilla todas las principales partes de la América, pues en los siguien-